

PROBLEMAS INSOLUBLES

THOMAS JEFFREY MILEY (1)

Conocí a Juan Linz en el otoño de 1997, en una mañana típica de Nueva Inglaterra de cielo azul, a la entrada de Luce Hall, en la Universidad de Yale. Todavía puedo verle allí —con un bolsón lleno de libros a sus pies, con mocasines, pantalones kaki y un jersey gris. Estaba fumando un Ducados, preparándose para entrar a dar la primera clase del curso sobre el nacionalismo. Se suponía que la clase sería un seminario, pero realmente Linz no enseñaba seminarios. Tenía demasiadas cosas que decir.

Linz tendría entonces más de 60 años, gozaba de una enorme distinción en el mundo académico y estaba ya reconocido como uno de los sociólogos políticos comparados más eminentes del mundo, un sabio, el Sterling Professor de Ciencias Sociales y Políticas de Yale. Yo era un estudiante graduado de segundo año, con un interés en teoría democrática y política española, dispuesto a escuchar y con ganas de aprender y trabajar duro. Desde el principio encajamos perfectamente.

A lo largo de los años, fui apreciando más y más mi relación con el profesor Linz. Generoso y magnánimo, asequible a colegas, estudiantes y amigos, un pozo de sabiduría. Tenía una rara combinación de autoridad intelectual y *bonhomie* simplemente inigualada en mi experiencia en este planeta. Desde nuestro primer encuentro hasta el último, Linz estuvo siempre dispuesto a abordar y razonar nuevas ideas. ¡Largo y tendido! Por tanto, no sorprenderá

(1) Profesor de Sociología en la Universidad de Cambridge y editor, junto con José Ramón Montero, de las *Obras Escogidas* de Juan J. Linz (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008-2013). Agradezco la colaboración de Rocío de Terán para la traducción del texto desde su original en inglés.

que en los recuerdos de su presencia domine su voz, su característico tono y ritmo, enlazando interminablemente argumentos y ejemplos.

Tengo guardado las notas que tomé en la clase de aquel día, en el que hablé con él por primera vez. Aunque algo esquemáticas, dan una buena idea, sin embargo, de cómo podía plantear un problema. Las reproduzco aquí:

«**Nacionalismo: enfoques.** Estudio de los grandes problemas de Estado, nación, democracia y Estados multinacionales. Problemas relacionados con la construcción del *demos*. Necesidad de volver a pensar sobre la relación entre nación y Estado. La nación como casi único sistema ideológico por el cual la gente está dispuesta a morir y a matar hoy día. Central en tantos conflictos contemporáneos. El poder del nacionalismo es increíble. Un concepto no esencialista de las naciones, *á* la Benedict Anderson, dado que son comunidades imaginadas. El caso de Austria y su unificación con Alemania. El *co-nundrum* austríaco, esencial para entender la historia europea. Recordar que Hitler era austríaco. 1938, unificación de Alemania y Austria. Entrevista con Karl Renner el 2 de abril de 1938, un socialista y un demócrata entusiasta de la unificación bajo Hitler. El hecho de que no hay sentimiento pangermánico hoy [1997] revela el cambio de estas identidades y lealtades. A pesar de la retórica orgánica del nacionalismo, la nación es una creación. La nación como un fenómeno subjetivo muy difícil de definir. La definición de Weber (en Linz y Stepan 1996). La gente tiene identidades diversas —vínculos familiares, comunidades locales, identidad religiosa. Religión como algo universal que trasciende a la nación, pero también ha habido líderes religiosos a la cabeza de movimientos nacionalistas. Curiosamente, se funde con nacionalismo en muchas partes del mundo. Un mundo de identidades múltiples. Hay que superar la creencia de que la gente tiene sólo una identidad. Puede que la gente no quiera verse forzada a elegir entre ellas. El caso español. Otro fenómeno básico: el mundo de Estados. Aunque hablemos del derecho a la autodeterminación de las naciones, la realidad de la relativa ubicuidad de Estados multinacionales. La inmensa mayoría de los Estados no son Estados-naciones. Estados como fenómeno moderno, distintos de las organizaciones de autoridad antiguas y medievales. La definición de las fronteras de los Estados modernos —bordes, fronteras fijas como algo relativamente moderno. Fronteras al estilo de la americana. También la noción de una ley común e única dentro de una zona surgió lentamente. Unificación del sistema legal. Monopolio de la autoridad. Definición del Estado de Max Weber y Charles Tilly (en Linz y Stepan 1996). El mundo está compuesto de Estados. Interrelación entre Estado y nación como enfoque central en esta clase. El pronunciamiento de Woodrow Wilson de autodeterminación y la idea del derecho de toda nación a un Estado. Tensión entre Estado y nación. Estados construidos mucho antes que las naciones, desarrollo del sentimiento de identidad. Ver sin embargo el libro de Liah Greenfeld, especialmente el capítulo sobre Inglaterra. Artículo de Stein

Rokkan sobre geopolítica y el desarrollo de un menor número de identidades. Otras formas de identidad —choque de civilizaciones— la importancia desafortunada (en política exterior). El hecho es que Samuel Huntington destaca las civilizaciones, que no podemos ignorar. Hasta qué punto son suficientes para construir formas políticas es, sin embargo, muy discutible. Importancia política, pero no comparable con nación y Estado. Panarabismo como fenómeno. Simpatías culturales. No identificar racismo con nacionalismo. George Mosse sobre la historia del racismo. Las identidades raciales trascienden las fronteras nacionales. Pueden usarse para fortalecer el nacionalismo, pero sirven también para destruir los movimientos nacionales. El racismo no nace simplemente de la identidad nacional. Se puede ser nacionalista sin ser racista. Todo esto puede mezclarse y confundir. El peligro del nacionalismo al unir todas estas cosas. No todas las identidades culturales/lingüísticas llevan a naciones. Ni las naciones ni los Estados son permanentes. Son productos de las acciones humanas —de los constructores de Estados, de los políticos nacionalistas, etc.—, productos que pueden dirigirse de una forma u otra. Su uso político es el objeto de este curso.»

Yo estaba muy impresionado por la vasta erudición, incluso seducido por su forma de argumentar, aparentemente espontánea, cargada de *excursus*, pero sistemática. Se trataba de una persona capaz de soltar conocimiento horas y horas. Su vocación como investigador tanto como profesor era obvia. Le elegí rápidamente como maestro, una elección que considero una de las mejores de mi vida. Y así empezó un largo y feliz viaje aprendiendo de Linz. Como ya había sucedido con otros muchos antes que yo, se implicó totalmente en mi proyecto de tesis, guiándome a cada paso desde el principio al fin, desde la formulación de las principales preguntas y el diseño básico de la investigación hasta la preparación de las encuestas para políticos y maestros, pasando por las llamadas telefónicas regulares y mis visitas cuatrimestrales cuando estaba haciendo el trabajo de campo, la revisión conjunta, página a página, de cada borrador, con comentarios, críticas y, por supuesto, siempre muchas sugerencias sobre cómo enfocar, clarificar, mejorar o ampliar un punto, o incluso explorar y desarrollar más ampliamente algún tema. Su curiosidad era casi insaciable y su pasión por la investigación, ciertamente contagiosa.

Mis planes de investigación, como los de tantos otros de sus estudiantes, encajan y hasta cierto punto representan una ampliación de algunos de los temas políticos y sociales que han preocupado siempre a Linz: su profundo interés por la dinámica que ofrecía el conflicto nacionalista en España, combinado con su inquietud ante el fracaso generalizado de investigaciones anteriores para comprender (1) cómo y por qué las instituciones funcionan (y no funcionan); (2) el papel de los partidos políticos y las elites políticas; (3) la implicación de éstas en proyectos y procesos de construcción del Estado

y de la nación, históricamente enlazados pero analíticamente distintos; y (4) los retos que los proyectos y procesos de construcción de naciones rivales plantean en una serie de contextos para la estabilidad democrática.

Después de terminar la tesis, tuve la buena fortuna de continuar trabajando con Linz, y por lo tanto continuar aprendiendo, primero como ayudante en términos muy generales para Linz y Alfred Stepan, y después como ayudante de investigación para Linz y José Ramón Montero en la preparación de un capítulo exhaustivo sobre elecciones y política en los siglos XIX y XX para un volumen de las *Estadísticas históricas de España* (2); y finalmente, y quizás lo más importante, como coeditor con José Ramón Montero de los siete volúmenes de las *Obras Escogidas* de Linz. En todas estas experiencias de colaboración, Linz marcó consistentemente los más altos estándares, y considero un verdadero honor haber tenido la posibilidad de colaborar con uno de los grandes maestros.

En el proceso, tuve oportunidad de presenciar a Linz trabajando junto a su coautor y amigo, Stepan. Los dos tenían una conexión especial. Eran un verdadero equipo. Cuando conocí a Linz, él y Stepan acababan de terminar su segundo proyecto monumental, que había culminado en la publicación de su ya clásico trabajo sobre las transiciones y consolidaciones democráticas (3), y recientemente se habían embarcado en un tercero, éste sobre la democracia, nacionalismo y federalismo, que había ido creciendo del proyecto anterior. Durante más de una década, Juan trabajó continuamente en ello, sin dejar de atender a otros muchos —frecuentemente relacionados— proyectos con colaboradores ya en marcha.

Cada dos meses, Al Stepan aparecía como un huracán, y se quedaba uno o dos días con Juan y Rocío en su casa de Hamden. Al es un mago, capaz de transmitir energía positiva y entusiasmo intelectual, imposible de superar en su habilidad de inspirar a Juan a lo largo de una conversación o volver a despertar su imaginación y renovar su entusiasmo, hacer que sus ojos brillaran y motivarle para que elaborara un punto concreto histórico y comparado o un *excursus*, o para que desarrollara un argumento teórico.

Durante estas sesiones, Al tomaba a mano numerosas notas, algunas indecifrables, que guardaba en unas libretas de tapas negras. Invariablemente,

(2) Juan J. LINZ, José Ramón MONTERO y Antonia RUIZ, «Elecciones y política», en Albert Carreras y Xavier Tafunell, coords., *Estadísticas históricas de España, siglos XIX y XX* (Madrid: Fundación BBVA, 2005, 2.ª edición revisada y ampliada), volumen III, pp. 1027-1154, y recogido en Juan J. Linz, *Obras Escogidas*, volumen 6, *Partidos y elites políticas en España* (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2013).

(3) Juan J. LINZ y Alfred STEPAN, *Problems of Democratic Transition and Consolidation. Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1996).

en los días y semanas posteriores a la marcha de AI, Juan escribía páginas y páginas de sus propias y semi-legibles notas. Era un trabajo en un perpetuo progreso. Las conclusiones tentativas quedaban así listas para ser formuladas de nuevo. Era una colaboración que claramente reflejaba un profundo afecto.

Linz y Stepan nunca terminaron verdaderamente este tercer gran proyecto en el que se habían embarcado. Publicaron una serie de artículos seminales sobre el federalismo del tipo *holding-together* (o multinacional), así como un libro importante, con la colaboración de Yogendra Yadav, sobre la India como nación-Estado en perspectiva comparada (4). Todo ello era parte de una investigación comparada más amplia y más exhaustiva, pero nunca totalmente completada. Esta vez el tiempo se les agotó, dejando mucho trabajo sin terminar y mucho trabajo por hacer, notas dispersas, material sin editar y sin publicar, aunque nunca olvidado. Tantas reflexiones eruditas y pertinentes, como el ejemplo siguiente, seleccionado entre las aproximadamente ochenta páginas transcritas en el verano de 2006:

«En la zona de cultura alemana tenemos otro caso complicado, la República de Austria, fundada en 1918. Concebida por muchos, incluso los que redactaron la Constitución, como un Estado de una nación dividida: parte de una nación alemana que tendría que convertirse en parte de un Estado-nación alemán. Un Estado con una soberanía impuesta, no una nación, y no comprometida a la construcción de una nación. Incluso no una nación-Estado legitimada por la lealtad a sus instituciones propias. Después de todo, no eran distintas de las de la República de Weimar en Alemania. Después de la Segunda Guerra Mundial, de nuevo se le concedió y reconoció la condición de Estado, pero el sentimiento de nación austriaca parecía distante. Sin embargo, a diferencia de la DDR, los austriacos se identificaron poco a poco con su Estado: una nación-Estado, pero todavía sintiéndose en gran medida parte de la nación alemana como una comunidad cultural. Austria no era para los austriacos una nación-Estado como Suiza para los suizos de habla alemana. Sin embargo, ahora parece que la nación-Estado se ha consolidado e incluso hay señales de que una identidad nacional cultural propia parece estar creciendo. Una unidad política monolingüe puede llegar a ser un Estado-nación incluso cuando los rasgos culturales propios son limitados. Después de todo, las Repúblicas sudamericanas de habla castellana se han convertido en más o menos un siglo y tres cuartos primero en naciones-Estados y después en Estados-naciones. Desgraciadamente, y excepto para Argentina, sabemos muy poco de estos procesos.

(4) Se publicó como Juan J. LINZ, Alfred STEPAN y Yogendra YADAV, *Crafting State-Nations: India and Other Multinational Democracies* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2011).

Los Estados han sido, y en gran medida siguen siendo, resultado de la política de poderes internacionales más bien que de identidades nacionales, de divisorias étnicas o lingüísticas o de los deseos de la población. No se ha preguntado a la gente sobre el Estado del que quieren ser ciudadanos. Incluso después de la destrucción o la desintegración de Imperios y Estados. Las fronteras entre Estados son el resultado de la historia, incluso en los casos de una secesión nacionalista, como por ejemplo en el caso de Yugoslavia después de Tito. Sin embargo, para usar una vieja frase del pensamiento legal, la fuerza normativa de los hechos genera una identificación con los Estados a lo largo del tiempo.»

Ver a Linz trabajando con Stepan era inspirador. Tanto como verle con la persona a la que tuvo siempre más cerca, su mujer Rocío. Hasta el final, Rocío fue indispensable, su compañera en todos los sentidos de la palabra, y compartieron cariño, amor y lealtad. Y desde luego, él también suponía todo para ella. Su feliz hogar era siempre un refugio, un faro de luz.

Gracias a José Ramón Montero, José Álvarez Junco y Javier Moreno Luzón tuve la oportunidad de trabajar con Juan y Rocío en la preparación de los siete volúmenes de las *Obras Escogidas* de Linz. Fueron publicadas por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales de Madrid, una institución con la que Juan tenía muchos vínculos y donde yo pasé tres años como Investigador García Pelayo. Durante mi estancia allí y más tarde en la Universidad de Cambridge he trabajado mucho preparando las primeras versiones del retrato intelectual y los capítulos introductorios de cada uno de los siete volúmenes de la obras de Linz y en la inacabable tarea de elaborar los índices onomásticos y temáticos de estos tomos. Sin duda, la experiencia ha sido tan educativa como agradable, entre otras razones porque me dio una excusa para visitar a Juan y Rocío en muchas ocasiones después de haber dejado New Haven. Nunca olvidaré con qué meticulosidad Juan y Rocío leían y releían, revisaban y volvían a revisar, las traducciones de los textos que Linz había escrito hacía décadas, ni la tentación y frustración que Linz expresaba frecuentemente sobre su deseo de poner al día muchos de sus trabajos. Su rigor y perfeccionismo nunca han dejado de impresionarme.

La inmensa cantidad de trabajo que han supuesto las *Obras Escogidas* se ha visto muy recompensada por todo lo que he ganado al familiarizarme y estar expuesto al repertorio completo de los argumentos de Linz, a sus constantes fuentes de preocupación e inspiración intelectual, sin mencionar sus citas y temas favoritos. Entre estas citas, quisiera destacar ahora dos. La primera, emblemática del énfasis característico de Linz en la contingencia y en la responsabilidad de las elites políticas, es una cita del gran historiador

alemán Friedrich Meinecke al oír las noticias del nombramiento de Adolf Hitler como canciller:

«Me dije a mí mismo con la máxima consternación que no sólo había caído un día aciago de primera magnitud sobre Alemania, sino que también "esto no era necesario". No había aquí ninguna necesidad política o histórica urgente como la que llevó a la caída de Guillermo II en el otoño de 1918. Aquí no había una tendencia general, sino algo como el azar, concretamente la debilidad del Paul von Hindenburg, que desequilibró la balanza.» (5)

Y la segunda, representativa de la preocupación de Linz por la responsabilidad democrática, especialmente por el papel de las elites políticas irresponsables al generar procesos dinámicos de polarización de masas que crean problemas insolubles —una cita corta y perfecta—, es el aviso de Jacob Burckhardt sobre los demagogos: «Cuidado con los terribles simplificadores» (6).

Linz era un consumado demócrata anti-revolucionario. No porque fuera insensible ante la injusticia o incapaz de comprender o de simpatizar con los sentimientos revolucionarios, sino más bien por un escepticismo nacido de sus experiencias personales en los traumas de la Europa de entreguerras, combinado con un miedo basado en las consecuencias de las dinámicas polarizadoras de revolución-contrarrevolución. Tampoco podría considerarse en absoluto a Linz un reaccionario: al contrario, era un genuino demócrata, comprometido con la democracia concebida como una tercera vía entre dos peligros gemelos, las fuerzas polarizadoras centrifugas de revolución y reacción. Siempre tenía en cuenta los ecos del pesimismo de Maquiavelo: «Debe notarse bien que no hay cosa más difícil de manejar, ni cuyo acierto sea más dudoso, ni se haga con más peligro, que el obrar como jefe para introducir un orden nuevo» (7). Una afirmación tan parecida a la advertencia del propio Linz a los potenciales revolucionarios:

«Como es natural, habrá quienes creen sinceramente que hay otros valores humanos más importantes. (...) Frente a la pobreza, la desigualdad, el estancamiento económico y la dependencia nacional de potencias extranjeras aceptada por un gobierno democrático (por ejemplo, por los políticos de Weimar aceptando con reservas una *Erfüllungspolitik*), tal respuesta es cier-

(5) Friedrich MEINECKE, *The German Catastrophe: Reflections and Recollections* (Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1950), p.14.

(6) Alexander DRU, ed., *The Letters of Jacob Burckhardt* (Indianapolis: Liberty Fund, 2001), p. 230.

(7) Niccolò MACHIAVELLI, *El príncipe*, capítulo VI, en <http://www.philosophia.cl/biblioteca/Maquiavelo/El%20pr%EDncipe.pdf>

tamente comprensible. Sin embargo, los que así piensan deberían estar muy seguros de que en una lucha no electoral las bazas están a su favor; deberían recordar que por cada revolución que tiene éxito ha habido más revoluciones victoriosas que han supuesto no solo el mantenimiento del *statu quo* sino que frecuentemente una pérdida de lo que se había ganado y unos costes tremendo para los que estaban a favor de aquellos cambios radicales.» (8)

Linz fue autor o coautor de cientos de publicaciones, pero nunca consideró a ninguna como definitiva, como no susceptible de nuevas adiciones o mejoras. Pensaba en casi todo su trabajo como algo todavía en un continuo proceso de revisión, de forma que a lo largo de los años e incluso décadas volvía a reestructurar y reformular una y otra vez problemas, temas y argumentos relacionados. Tomemos por ejemplo la tensión entre las dimensiones de responsabilidad, responsividad y la rendición de cuentas en el gobierno democrático. Éste es un tema que Linz ya había explorado en 1966, en su introducción a la reedición del conocido libro de Robert Michels sobre los partidos políticos. Allí Linz subrayó algunos dilemas fundamentales de la teoría democrática:

«Hoy ya nadie afirma que las preferencias de la mayoría constituyen el mejor juicio sobre los intereses de los electores, sobre todo los intereses a largo plazo. La ignorancia de las relaciones entre medios y fines, la continua aparición de consecuencias ni anticipadas ni queridas, los conflictos entre el comportamiento tradicional y el racional, entre la *Wertrationalität* y la *Zweckrationalität* en terminología de Weber, los problemas planteados por la distinción de Weber entre utilidad *de* y *para* la colectividad, todo ello hace imposible identificar responsividad y responsabilidad. Muy a menudo hay conflicto entre las dos dimensiones, y el político debe escoger. No obstante, la probabilidad de que el comportamiento responsivo y el comportamiento responsable (eficiente) coincidan es relativamente grande y, por este motivo, preferimos los sistemas políticos y las organizaciones en las cuales la responsabilidad ante un electorado aumenta la probabilidad de comportamiento responsivo asumiendo que la responsividad contribuya a aumentar la eficiencia. El conflicto se presenta cuando la nación debe escoger entre gobierno *por* el pueblo (gobierno receptivo) y gobierno *para* el pueblo (gobierno responsable-eficiente). En las sociedades donde dirigentes responsivos a las exigencias (rápidamente cambiantes, emocionales e irresponsables) del electorado han llevado al caos o al miedo de la opresión de las minorías, el pueblo puede acabar prefiriendo un gobierno favorable al pueblo, pero sin su participación. Esto, evidentemente, representa la quiebra de la democracia.

(8) Juan J. LINZ, «La quiebra de las democracias,» en sus *Obras Escogidas*, volumen 4, *Democracias: quiebras, transiciones y retos* (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009), p.18.

Ahora bien, nuestro problema —y naturalmente, el de Michels— es aún más complejo. Debe preguntarse si los dirigentes han de tener en cuenta sólo los intereses de su electores o también los intereses de un ámbito más amplio del cual forman parte. Si aceptamos el principio de que debe obrarse con responsabilidad en relación con un ámbito más amplio, entonces debemos considerar negativamente los criterios de la valoración de la conducta de los dirigentes por las consecuencias de su actuación en relación con su electorado específico (en el caso examinado por Michels, la clase trabajadora, o, mejor, los trabajadores socialistas). Es obvio que la cuestión de la responsabilidad respecto a un ámbito más amplio —la sociedad en su totalidad— se hace especialmente importante y problemática para el partido en el poder a diferencia de cuando está en la oposición, ya que se trata de escoger entre los intereses de su electorado y los de la sociedad. Los partidos socialistas no se enfrentaban con este problema cuando *La sociología del partido político* fue escrito. Un problema de este tipo, si bien más limitado, se presenta cuando el líder de un sindicato afiliado a un partido laborista, obrando en beneficio de los inscritos en el sindicato, puede perjudicar al partido en su lucha por alcanzar o retener el poder. En todo caso, los políticos "responsables" se inclinan o tomar en consideración esos intereses nacionales más amplios (aunque no consideren los de la humanidad en su totalidad), lo cual a menudo les lleva a no tener en cuenta los intereses específicos de sus electores y no obrar eficientemente a ese respecto. En este supuesto, es obvio que los mismos políticos evitarán tener que rendir cuentas de su comportamiento en las elecciones. Un proceder de este tipo constituye, sin duda, una desviación de los principios democráticos que los teóricos y los estudiosos de la política no pueden ignorar; salvo que pongan a la democracia por encima de todo, puede que no la condenen siempre. El aceptar esto es desde luego ademocrático, pero no necesariamente antidemocrático. Afortunadamente, para un demócrata las probabilidades de ser eficiente respecto a los intereses de determinados electores, y respecto a la unidad más amplia —mediante el proceso que Hirschman denomina "manipulación de reformas"—, parecen ser por lo menos tan grandes o mayores en una democracia que en la mayoría de las dictaduras. Sin duda, ningún dirigente democrático habría podido obrar tan "irresponsablemente" contra los intereses de tales o cuales grupos de la sociedad (o de toda la sociedad) como obraron Hitler o Stalin. No hay prueba de que sus acciones respondieran a las preferencias de amplios sectores, ya que de otro modo no habrían ocultado o camuflado sus acciones.» (9)

(9) Juan J. LINZ, «Robert Michels y su contribución a la sociología política,» en *Obras Escogidas*, volumen 4, pp. 629-630; este trabajo había aparecido originalmente como «Michels e il suo contributo alla sociologia politica», la introducción al libro de Robert Michels, *La sociologia del partito politico nella democrazia moderna. Studio sulle tendenze oligarchiche degli aggregati politici* (Bologna: Il Mulino, 1966 [1911]), pp. vii-cxix.

Varias décadas más tarde, cuando gracias a la iniciativa de Houchang Chehabi el trabajo sobre Michels se publicó por primera vez en su versión original inglesa (10), Linz incluyó un par de nuevas tablas para ayudar a clarificar dos tipologías que había propuesto 40 años antes, ambas relacionadas con posibles variaciones de regímenes en función de las diferentes dimensiones de responsabilidad, responsividad y rendición de cuentas: la primera era una tipología de regímenes basados en el nivel de responsividad y la rendición de cuentas y la segunda, una tipología de regímenes basados en el nivel de responsividad y las consecuencias de las acciones de los líderes. Se trata de un ejemplo característico de su perpetua disposición para volver a formulaciones previas, su deseo perfeccionista de mejorarlas continuamente, por no hablar de las profundas continuidades temáticas en su incesante intento de iluminar e interrogar desde el mayor número posible de perspectivas ciertos dilemas prácticos y teóricos fundamentales con los que se enfrenta la democracia.

En unos de sus últimos trabajos, un artículo sobre algunos de los problemas de las democracias contemporáneas, Linz vuelve de nuevo a destacar las tensiones entre las tres dimensiones de la democracia representativa, esta vez para amonestar a los teóricos democráticos contemporáneos por la tendencia a subrayar casi exclusivamente el criterio de responsividad, sin prestar la suficiente atención a la responsabilidad y la rendición de cuentas. En sus palabras,

«desafortunadamente, la teoría democrática contemporánea, el pensamiento y la investigación en torno a la calidad de la democracia, se centran en la responsividad en detrimento de la responsabilidad. Con demasiada frecuencia, cuando hablamos de democracia estamos hablando sobre una parte de la palabra, el *demos*. Buena parte del pensamiento y de los escritos sobre democracia se centran en el *demos*, en parte porque tenemos acceso a indicadores más sencillos. Tenemos la posibilidad de datos sobre opinión pública, lo cual no voy a criticar. Ocupé el puesto de presidente de la *World Association of Public Opinion Research* (WAPOR), y sin duda creo que se debe investigar sobre opinión pública, pero hemos de utilizarla en el contexto de un modo mucho más amplio de abordar los problemas. Sin embargo, se está haciendo del *demos* el único punto focal. Cuando leemos algunas auditorías democráticas sobre actuación democrática y los esfuerzos en esa dirección, siempre se centran en la participación de la ciudadanía, en las oportunidades de participación, en la calidad del electorado que tiene posibilidad de expre-

(10) Juan J. LINZ, «Robert Michels and His Contribution to Political Sociology in Historical and Comparative Perspective», en Juan J. Linz, *Robert Michels, Political Sociology, and the Future of Democracy* (New Brunswick: Transaction Publishers, 2006), pp. 1-80, un libro editado por H. E. Chehabi.

sarse, pero el *kratos*, las personas que gobiernan en democracia, están por lo general infra-analizadas. (11)

Algunas definiciones de democracia pueden inducir a error en ciertos sentidos. Cuento entre éstas algunas de las de mis mejores amigos y profesores. Robert A. Dahl dice que "una característica clave de la democracia es la constante responsividad del gobierno a las preferencias de los ciudadanos, considerados como iguales políticos", o la cualidad de ser totalmente o casi totalmente responsivo a los ciudadanos (12): es decir, se pone el énfasis en la capacidad de respuesta. Es ésta una parte importante de la democracia, pero se han postergado otras: responsabilidad y rendición de cuentas. Estos aspectos no están por fuerza ligados a la capacidad de respuesta o falta de ella, sino a la calidad de la acción decisoria y de las políticas de los mandatarios. La percepción simplista de la responsividad olvida una de las principales funciones de los dirigentes políticos, que es convencer a los ciudadanos de ciertas políticas, debatir con ellos y legitimarlas mediante el respaldo de los votantes, pero desde luego no solamente ser reflejo de ellos. (...)

La democracia representativa debe fundamentarse sobre el ideal burkeano. Los políticos deben tener sus propias opiniones, y deben tomar sus propias decisiones sobre la base de su (presumiblemente) superior conocimiento, información y análisis que los de la mayoría de los votantes. Para hacerlo, deben formar la opinión de los ciudadanos, educarlos, hablarles de la complejidad de las diversas cuestiones, y desengañarlos de sus predisposiciones, ideas y sentimientos más simples. Esto forma parte de su "responsabilidad", que puede estar en conflicto con el intento de ser "responsivo"» (13).

Linz volvía persistentemente a temas centrales de sus primeros trabajos por una combinación única de curiosidad insaciable y una continua preocupación política. Su insistencia al destacar las tensiones entre responsabilidad, responsividad y la rendición de cuentas es solo un ejemplo. Una trayectoria parecida de temas planteados en una época temprana y a los que se vuelve persistentemente pueden encontrarse en su trabajo seminal sobre nacionalis-

(11) Sobre «auditorías democráticas», véase Guillermo O'Donnell, Jorge Vargas Culler y Osvaldo M. Iazzetta, eds., *The Quality of Democracy: Theory and Applications* (Bloomington: University of Notre Dame Press, 2004).

(12) Robert A. DAHL, *Polyarchy: Participation and Opposition* (New Haven: Yale University Press, 1971), p. 1.

(13) Juan J. LINZ, en colaboración con Thomas Jeffrey Miley, «Cautionary and Unorthodox Thoughts about Democracy Today,» en Douglas Chalmers y Scott Mainwaring, eds., *Problems Confronting Contemporary Democracies. Essays in Honor of Alfred Stepan* (Bloomington: University of Notre Dame Press, 2012), pp. 228-230. Este trabajo está publicado en este mismo número de la *Revista*; la cita está en las pp. 21 y 22-23.

mo, proyectado luego en el ya mencionado y no terminado proyecto con Al Stepan sobre democracia, federalismo y nacionalismo.

Como casi todo su trabajo, el interés comparado y teórico de Linz surgió de su pasión y su compromiso con *el caso* de su querida España. La preponderancia de identidades nacionales múltiples y complementarias, la distinción crítica entre Estado y nación y las contradicciones, convergencias y conflictos entre la lógica de la estatalidad y los procesos dinámicos de la construcción del Estado, por una parte, y la lógica de la nacionalidad y los procesos similarmente dinámicos de la construcción de la nación, por otra, son temas que pueden encontrarse ya en sus trabajos publicados antes de la muerte de Franco; concretamente, en su clásico análisis de las construcciones del Estado y de la nación, aparecido en 1973. Es aquí donde por primera vez encontramos la insistencia de Linz en la importancia de distinguir entre los conceptos de Estado y nación, entre otros motivos porque, en sus palabras,

«sólo esta claridad conceptual permitirá entender que, para la mayoría de los españoles, España es un Estado-nación que suscita en ellos un sentimiento de solidaridad que no produce ninguna otra afiliación grupal; que para importantes minorías ha sido, y seguramente seguirá siendo, sólo un Estado cuya autoridad reconocen en su comportamiento, atribuyéndole más o menos legitimidad dependiendo de sus actitudes hacia los regímenes que ejercen el poder dentro de las fronteras españolas, y la capacidad coercitiva de dichos regímenes. Para estas minorías, España es su Estado pero no su nación y, por lo tanto, no es un Estado-nación.» (14)

En este relativamente temprano análisis podemos encontrar ya un primer esbozo de lo que sería necesario para acomodar, contener y conllevar proyectos nacionalistas en conflicto en el contexto de una España democrática y estable, destacando la importancia del sacrificio mutuo. Por una parte, insiste Linz, «los españoles castellanohablantes tendrán que renunciar a la idea de una nación española creada en buena medida por ellos, y aceptar un Estado más descentralizado y en gran medida multilingüe». En cambio, «la periferia, aunque gozando de un nuevo sentimiento de nación, tendrá que combinarlo con la lealtad al Estado multinacional». (15) Linz consideraba crucial el que esta lealtad incluyera el compromiso de evitar toda amenaza abierta o velada de secesión.

(14) Juan J. LINZ, «Construcción temprana del Estado y nacionalismos periféricos tardíos frente al Estado: el caso de España,» en *Obras Escogidas*, volumen 2, *Nación, Estado y lengua* (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008), pp. 6-7.

(15) LINZ, «Construcción temprana del Estado», pp.72-73.

A lo largo de más de cuatro décadas, Linz dirigió y produjo un enorme número de investigaciones empíricamente rigurosas sobre los conflictos nacionalistas en España. Y una y otra vez formuló y reformuló su análisis, elaborando los mismos temas centrales. Pese a su satisfacción con el modelo inicial, en los últimos años, sin embargo, se fue volviendo más pesimista sobre el funcionamiento del casi-federal Estado de las autonomías a causa de las «terribles simplificaciones» escondidas en las propuestas y tentaciones plebiscitarias de los que invocan la engañosa y peligrosa doctrina de la «autodeterminación» como camino a seguir. En una de sus últimas formulaciones del problema, especialmente relevantes en el contexto de los debates cada vez más candentes sobre la posibilidad de la secesión unilateral de Cataluña, Linz insistiría en ellas:

«Una de las aplicaciones más engañosas y peligrosas del principio democrático es decir que los plebiscitos son los que deben decidir las aspiraciones de independencia de los movimientos nacionalistas. Existen múltiples argumentos contra esta idea simplista. Uno es la falsa analogía entre unas elecciones y dicho plebiscito. Unas elecciones deciden quién va a gobernar *pro tempore*, durante un periodo limitado, mientras que la decisión plebiscitaria es permanente de ser afirmativa la respuesta (esto es, favorable a la independencia). Otro, ya observado por Ivor Jennings, es que el plebiscito presume una decisión anterior, no democrática, de quién decide qué personas tienen derecho a votar. En palabras de Jennings: "En apariencia (...) parecía razonable permitir que el pueblo decidiera. En realidad, era ridículo porque el pueblo no puede decidir hasta que alguien decide quién es el pueblo".» (16)

El argumento de que el pueblo decida en un plebiscito presume decisiones previas sobre niveles mínimos de participación y proporción de votos requeridos. Dado nuestro conocimiento de la opinión pública y las elecciones, no hay velo alguno de ignorancia y, por lo tanto, la aceptación de un plebiscito por parte de los partidos políticos se basa en su conocimiento previo de las preferencias populares. Aún más dramáticas, y a menudo traumáticas, son las consecuencias sociales y humanas de obligar a los ciudadanos a elegir entre alternativas dicotómicas que olvidan que la historia y las interacciones sociales han creado grados diversos de identidades duales y vínculos sociales. Stepan y yo hemos dedicado mucho esfuerzo a analizar las identidades duales y cómo las naciones-Estado (17), más que los Estados-nación, son compati-

(16) Ivor JENNINGS, *The Approach to Self-Government* (Cambridge: Cambridge University Press, 1956), p. 6.

(17) En «State Building and Nation Building», *European Review* 1 (4), 1993, pp. 355-369, recogido como «Construcción del Estado y construcción de la nación» en las *Obras Escogidas*, vol. 2, pp. 555-575. Linz distinguía entre naciones-Estado y Estados-nación. Este

bles con ellas, y por qué el federalismo es una mejor solución que la "opción democrática" en plebiscitos. Los plebiscitos pueden ser útiles para decidir el destino de zonas reducidas, en especial comunidades fronterizas, pero no de grandes unidades políticas.» (18)

Linz no se cansaba de repasar y enmendar si era necesario su repertorio de argumentos. La última vez que le vi, un par de días antes de su fallecimiento en el hospital de la Universidad de Yale, en New Haven, volvió a recordar de nuevo a Ivor Jennings en la conversación conmigo, como si quisiera estar seguro de que yo no había olvidado la acertada formulación de Jennings sobre la paradoja de la «autodeterminación». Así era la incesante pasión de Linz por analizar los problemas políticos.

Tampoco disminuyó su curiosidad. Uno de los detalles que más me impresionó de esta última conversación es cómo, a pesar de su cansancio y de sus dificultades para respirar, insistió en preguntarme sobre los resultados de una serie de grupos de discusión recientemente llevados a cabo por Enric Martínez y un equipo de jóvenes investigadores con inmigrantes marroquíes, rumanos y latinoamericanos en el área metropolitana de Barcelona. Así de simple: Linz siempre quería saber más, aprender más, hasta el último momento de su vida.

Linz trató la muerte como un «problema insoluble», y él y Rocío estaban unidos y permanecieron unidos compartiendo la determinación de evitar caer en la depresión a causa de la mala salud o del dolor de espalda casi constante en la última década. La disciplina con que Linz cortó su hábito de fumador de más de sesenta años fue sencillamente asombroso. De manera característicamente *linziana*, en lugar de prestar atención al significado de la inevitable muerte, enfocaba su experiencia con los médicos como excusa para reflexionar sobre el concepto de «problemas insolubles» y sus implicaciones éticas para las ciencias sociales. En palabras de Linz,

«si hoy los médicos hablan de "enfermedades incurables" y de "enfermedades crónicas", ¿por qué no podemos los politólogos? Quizá la raíz de esta reticencia se remonta a Auguste Comte, con su máxima de "saber para poder". Algunos problemas son insolubles por el nivel de interdependencia

tema está también desarrollado en Linz, Stepan y Yadav, *Crafting State-Nation*, cap. 1. Allí contrastan el tipo ideal de Estado-nación clásico con el de nación-Estado y las diferentes políticas asociadas a su construcción (véase tabla 1.1), sobre la base de un diferente sentimiento de pertenencia, múltiples identidades culturales, a menudo duales, y lealtad a distintos instituciones, más que a un Estado unitario.

(18) LINZ, en colaboración con MILEY, «Cautionary and Unorthodox Thoughts about Democracy Today,» p. 248; en esta *Revista*, pp. 40-41.

económica del mundo de hoy, otros lo son por razones de voluntad política. Otras veces, aunque existen ‘soluciones’, éstas son incompatibles con los valores y las convicciones de los actores y con las limitaciones impuestas por las rigideces institucionales, y por tanto mientras se respetan, el problema no tiene solución. Por ejemplo, cuando los candidatos en las elecciones primarias prometen que si les eligen van a volver los puestos de trabajo en la industria a Michigan, algún analista tendrá que alzar la voz y decir, ‘por favor, no mientan’. O como en Irak, una vez decidida la invasión, ¿cómo se podía haber evitado el desastre que se ha producido? La única manera era haber dispuesto de soldados para ocupar el país. Pero eso era obviamente inviable por falta de capacidad política para reinstaurar el servicio militar obligatorio. Los políticos y los analistas falsean cuando no tienen en cuenta la viabilidad política. Y así generan falsas esperanzas, se producen problemas insolubles y se crean desastres.» (19)

En años recientes, he presenciado a varios ancianos cercanos a mí lidiando con la muerte. El alma de oro de Linz brilló fuerte: la fortaleza y dignidad con que afrontaba su propia muerte fue otro ejemplo de entereza. Era una batalla que no podía ganar. Al final, el problema más insoluble de todos los problemas acabó robándole el aire para siempre. Aun así, parece más que una simple metáfora insistir que en realidad Juan no ha muerto, porque nos sigue hablando. Está todavía con nosotros, y no solo en los corazones y almas de quienes le queremos. Sin duda, permanece presente también entre muchas más personas porque sus ideas están muy vivas, sus lecciones y advertencias siguen siendo pertinentes para todos los que se preocupan por el porvenir de la democracia en estos tiempos tan difíciles y complejos.

Termino con algunas líneas de la transcripción que recoge el final de la última clase de su curso sobre nacionalismo, que enseñó durante tantos años en Yale y al que me referí antes. Nos ayuda a recordar cómo a Juan le encantaba terminar sin terminar, cómo le gustaba seguir una línea argumental; y también nos ayuda a recordar su pasión, su compromiso, su cadencia, su voz:

«Podría hablar durante muchas horas sobre las cosas que hubiera querido tratar pero para las que no he tenido tiempo... Quizás si enseñó esta clase de nuevo el año que viene la empezaría de otra manera... Hubiese sido quizás más interesante discutir la teoría austro-marxista, o el pensamiento o los escritos o las ideas sobre el nacionalismo, los escritos de Otto Bauer, de Renner, y contrastarlos con los de Lenin y Stalin...

(19) Citado en Thomas Jeffrey MILEY y José Ramón MONTERO, «Introducción: los estudios de Juan J. Linz sobre las democracias,» en sus *Obras Escogidas*, volumen 4, p. xxxiv.

Luego está el tema de Europa. Europa será cada vez más un sistema económico integrado, seguirá erosionando la soberanía de los Estados concebidos según el modelo tradicional de los siglos XIX y XX. ¿Hasta qué punto lo que está pasando en Europa pasará en otros sitios? Bueno, es demasiado tarde para abordar todo esto, pero desde luego no se debe confundir la NAFTA con el mercado común de la Comunidad Europea. Porque la posición hegemónica de Estados Unidos dentro de NAFTA es muy diferente del grado de poder hegemónico de Alemania en la Comunidad Europea. Además, los estadounidenses no tienen ningún complejo sobre el “interés nacional” como algo legítimo, y lo defenderán, mientras que los alemanes siempre tienen que re-afirmar su talante pacífico, su europeísmo, y, desde luego, siempre tienen que distanciarse del nacionalismo después del desastre que sembraron como nacionalistas en este siglo XX. Si políticos alemanes hablaran de Italia o de los turcos de una manera semejante a como lo hace Ross Perot o incluso a cómo los políticos de la NAFTA hablan de México, seguramente la Comunidad Europea no funcionaría o por lo menos no sería la misma cosa.

Una cosa interesante que demuestra una vez más el proceso de la NAFTA es cómo la integración en unidades más amplias genera la articulación de sentimientos nacionalistas. Siempre hay una posibilidad de que surja el nacionalismo cuando creas un mundo internacional. Podíamos haber hablado sobre el fascismo como una forma de anti-internacionalismo y también como una forma de nacionalismo. Anti-internacionalismo y anticomunismo porque el comunismo era internacional, anti-catolicismo por el Papa y porque el Vaticano es una estructura internacional, anticapitalista porque los banqueros de Wall Street controlan supuestamente el mundo, anti-semita, anti-judío porque Wall Street es supuestamente judío, y los comunistas son judíos, la conspiración capitalista amenazando supuestamente a las naciones. El problema de nacionalismo e internacionalismo sería otra dimensión que podíamos haber abordado en este curso.

No me dejéis empezar, porque estaríamos aquí horas y horas... Espero que disfrutéis trabajando en los *papers*, terminando las lecturas, etc., y si tenéis que llamarme...»